

subía de los talleres donde había vuelto á comenzar el trabajo, lanzaba exclamaciones de sorpresa. Habían encontrado al coronel en el suelo del cuarto, muerto, caído como una masa. La lámpara continuaba ardiendo. El médico á quien habían llamado, no pudo comprender de qué había muerto. Ni aneurisma ni congestión. El coronel había fallecido sin que nadie supiera cómo, y al día siguiente encontraron un pedazo de periódico que había servido para encuadernar un libro, donde se daba cuenta de la rendición de Metz.

—Querida,—dijo Gilberta á Enriqueta,—el señor Gartlauben, al pasar delante de la puerta donde descansa el cuerpo de mi tío, le ha saludado... Edmundo le ha visto. ¿No es verdad que es un hombre muy correcto?

Juan no había abrazado nunca á Enriqueta. Antes de subir al coche, con el doctor, quiso darla las gracias por sus buenos cuidados y por haberle atendido como si hubiera sido su hermano. Pero no encontró palabras adecuadas: abrió los brazos y la abrazó llorando. Ella estaba inconsolable y le devolvió el beso. Cuando el coche empezó á andar, se volvió, se saludaron con las manos mientras de sus bocas salían las palabras:

—¡Adiós, adiós!

Aquella noche, al volver Enriqueta á Remilly, estuvo de servicio en la ambulancia. Durante su larga velada las lágrimas corrieron por sus mejillas y lloró, lloró mucho, ahogando sus penas, tapándose la cara con sus manos.

VII

Al día siguiente de la batalla de Sedán, los dos ejércitos alemanes se habían puesto en marcha hacia París, dirigiéndose el del Meuse por la cuenca del Marne, mientras que el del príncipe real de

Prusia, después de haber pasado el Sena por Ville-neuve Saint Georges, se dirigía á Versailles. Y en aquella hermosa mañana de Septiembre; cuando el general Ducrot á quien se había dado el mando del 14º cuerpo, resolvió atacar al segundo ejército alemán, durante su marcha de flanco, el nuevo regimiento de Mauricio, el 115º, que estaba acampado en los bosques, á la izquierda de Meudon, no recibió la orden de marchar sino cuando era ya seguro el desastre. Habían bastado unas cuantas granadas; un pánico espantoso se había apoderado de un batallón de zuavos, compuesto de reclutas, comunicándose al resto de las tropas, las cuales no pararon de correr hasta París, donde fué inmensa la alarma. Se habían perdido todas las posiciones de la parte del Sur, y aquella misma noche fué cortada la línea telegráfica del ferrocarril del Oeste, la única que aun no lo estaba. París quedaba separado del mundo.

Aquella noche fué muy triste para Mauricio. Si los alemanes se hubiesen atrevido, habrían acampado en la plaza del Carrousel. Pero eran gente de gran prudencia y habían decidido poner sitio en toda regla. El ejército del Meuse se extendía por el Norte, desde Croissy hasta el Marne, pasando por Epinay; el tercer ejército cubría la línea desde Chenevières hasta Châtillon, y el cuartel general, con el rey Guillermo, Bismarck y el general Moltke, se había establecido en Versailles. Aquel gigantesco bloqueo, en el cual no se creía, era un hecho consumado. La capital, con su recinto fortificado de ocho leguas y media de perímetro, con sus quince fuertes y sus seis reductos destacados, iba á encontrarse como encamellada. Y el ejército de defensa no contaba sino con los cuerpos 13º y 14º, que reunían entre los dos una fuerza de ochenta mil soldados, á los cuales había que agregar los

catorce mil hombres de la marina, los quince mil de los cuerpos francos, y los ciento quince mil de la guardia móvil, sin contar los trescientos mil guardias nacionales repartidos entre los nueve sectores de las murallas. Era una muchedumbre armada, pero faltaban los soldados aguerridos y disciplinados. París no era ya más que un inmenso campo atrincherado. Se activaban los preparativos de defensa, cortándose las carreteras, derribándose las casas de la zona militar y poniéndose en batería dos mil setecientas piezas de artillería. Después del rompimiento de las negociaciones de Ferrieres, cuando Julio Favre hizo públicas las exigencias de Bismarck, la cesión de Alsacia, tres mil millones de indemnización, estalló la cólera popular, aclamándose la continuación de la guerra como una condición indispensable para la vida de Francia. Aun sin esperanza de vencer, París tenía que defenderse para que viviese la patria.

Un domingo, á fines de Septiembre, tuvo que ir Mauricio al otro extremo de la capital, y al ver el aspecto que presentaban las calles y las plazas, concibió nuevas esperanzas. Desde la derrota de Chatillon le parecía que los parisienses habían tomado bríos para la obra magna. ¡Ah! aquel París que el conoció, tan ansioso de gozar, tan próximo á cometer las últimas faltas, lo encontraba sereno, valiente, decidido á todos los sacrificios! No se veían más que uniformes. Como un reloj gigantesco cuyo muelle real ha saltado, la vida social se había paralizado de repente, la industria, el comercio, los negocios; y solo quedaba una pasión, la voluntad de vencer, el único asunto de que se hablaba, que enardecía los corazones y la cabeza, en las reuniones públicas, en las veladas de los cuerpos de guardia, entre los grupos de gente que obstruían las aceras. Todo se volvían ilusiones que arrastraban á aquel pueblo al peligro de las locuras gene-

rosas. Declarábase una crisis de nervosidad enfermiza, una fiebre epidémica que exageraba lo mismo el miedo que la confianza y que al menor soplo hacía que se desbocase la bestia humana. Y Mauricio presenció en la calle de los Mártires una escena que le impresionó mucho: el asalto, dado por gente enfurecida á una casa, en cuyas guardillas se habían visto brillar luces, como si fueran señales. El día antes, un miserable, que estaba mirando un plano de París, había estado á punto de ser víctima del furor del pueblo.

Mauricio, que era antes tan indiferente, se había vuelto receloso. No se desesperaba ya, como la noche del pánico de Chatillon, ansiando saber si el ejército francés recobraría la virilidad de batirse. La salida del 30 de Septiembre hacia Chevilly; la del 13 de Octubre, en la que los movilizados habían tomado á Bagneux: por último, la del 21 de Octubre, en la que su regimiento se había apoderado por un momento del parque de Malmaison, le habían devuelto toda su confianza, aquella llama de la esperanza que le consumía. El ejército se había batido con bravura y todavía podía vencer. Pero el sufrimiento de Mauricio, reconocía por causa la facilidad con que pasaba París desde la ilusión extrema al desaliento más grande, dominado por el miedo de la traición, en su sed de victoria. Los generales Trochu y Ducrot ¿no resultarían los jefes ineptos, los causantes inconscientes de la derrota? El mismo movimiento que había derribado al imperio, amenazaba dar al traste con el gobierno de la Defensa Nacional; una impaciencia de los exaltados por coger el poder, para salvar á Francia. Julio Favre y sus colegas eran ya más impopulares que los antiguos ministros de Napoleón III. Ya que no querían batir á los prusianos, debían dejar el puesto á otros, á los revolucionarios, seguros de vencer, decretando el levantamiento en masa, pro-

tegiendo á los inventores que ofrecían minar las afueras ó aniquilar al enemigo con una lluvia de fuego griego.

La víspera del 31 de Octubre, Mauricio estaba dominado por aquel mal de la desconfianza y del ensueño. Aceptaba ideas que antes le hubieran hecho reír. ¿Por qué? ¿Acaso no tenían límites la estupidez y el crimen? ¿Acaso no era posible el milagro en medio de las catástrofes que trastornaban el mundo? El alimentaba un gran rencor desde que había sabido lo de Froeschwiller; tenía la conmoción de cada una de las derrotas, el cerebro debilitado por tantos días como había pasado sin comer y sin dormir; casi no sabía si vivía; y la idea de que tantos sufrimientos tendrían por término otra catástrofe irremediable, le enloquecía, le hacía retroceder á la infancia, arrastrado sin cesar por la emoción del momento. ¡La destrucción, el exterminio, todo, antes que dar un céntimo de la fortuna, una pulgada del territorio de Francia! Estaba acabando de hacer la evolución que, bajo la impresión de las primeras batallas perdidas, se había llevado la leyenda napoleónica, el bonapartismo sentimental que debía á las narraciones épicas de su abuelo. Ni siquiera admitía ya la república teórica y prudente; se apasionaba por las violencias revolucionarias; creía en la necesidad del terror para acabar de una vez con los ineptos y con los traidores que estaban matando á la patria. Así fué que el 31 de Octubre estuvo de corazón con los revoltosos, cuando se recibieron las noticias desastrosas, una tras otra: la pérdida de Bourget, tan valerosamente tomado por los voluntarios de la Prensa en la noche del 27 al 28; la llegada de M. Thiers á Versalles, de regreso de su viaje á las capitales de Europa, de donde volvía, según se susurraba, para entrar en negociaciones en nombre de Napoleón III; por último, la rendición de Metz, el último golpe, otro

Sedán más vergonzoso todavía. Y al día siguiente, cuando supo los sucesos de la Casa Consistorial, el triunfo momentáneo de los revoltosos, la detención, durante algunas horas, de los individuos del gobierno de la Defensa Nacional, salvados por un cambio de actitud del vecindario de París, Mauricio sufrió el fracaso de aquella Comuna de la que tal vez hubiera salido la salvación, el llamamiento á las armas, la declaración de la patria en peligro, todos los recuerdos clásicos de un pueblo libre que no quiere morir. Thiers no se atrevió á entrar en París, y faltó poco para que hubiera una iluminación general después del rompimiento de las negociaciones.

El mes de Noviembre se pasó en una impaciencia febril. Hubo acciones de poca importancia, en las que no tomó parte Mauricio. Vivaqueaba en las cercanías de Saint Ouen, y, siempre que podía, se escapaba, devorado por una necesidad continua de noticias. París esperaba, lleno de ansiedad, como él. La elección de los alcaldes parecía haber calmado las pasiones políticas; pero casi todos los electos pertenecían á los partidos avanzados y aquello era un síntoma muy malo para el porvenir. Lo que esperaba París, era la gran salida, tan reclamada, la victoria, la liberación. Nadie tenía dudas; los prusianos serían arrollados. Se habían hecho preparativos en la península de Gennevillers, el punto que se consideraba más favorable para una embestida. Una mañana se alegró locamente todo el mundo con las buenas noticias de Coulmiers. Se decía que el ejército del Loire había avanzado hasta Etampes. No se pensaba ya más que en ir á reunirse con él, al otro lado del Marne. Se habían reorganizado las fuerzas militares, creado tres ejércitos; el primero compuesto de los batallones de la guardia nacional, á las órdenes del general Clemente Thomas; el segundo, formado con

los cuerpos 13º y 14º y otro de nueva creación, mandado por el general Ducrot; por último, el tercero, el de reserva, compuesto únicamente de movilizados y confiado á la pericia del general Vinoy. Y Mauricio tenía una fe absoluta cuando el 28 de Noviembre su regimiento fué á vivaquear al bosque de Vincennes. Allí estaban los tres cuerpos del segundo ejército. Se contaba que la cita dada al ejército del Loire era para el día siguiente, en Fontainebleau. Después hubo las faltas de siempre, órdenes mal dadas, una crecida repentina que impidió echar los puentes de barcas. El 115º fué uno de los primeros regimientos que pasaron el río; y á las diez, en medio de un fuego espantoso, Mauricio entró en la aldea de Champigny. Estaba como loco, su fusil le quemaba los dedos, á pesar del frío terrible. Su único deseo era seguir marchando de frente, hasta encontrarse con los camaradas de provincias. Pero el ejército había tenido que detenerse delante de las tapias de los parques de Coeuilly y de Villiers, tapias de medio kilómetro, transformadas por los prusianos en fortalezas inexpugnables. Todos los esfuerzos se estrellaron allí. El tercer cuerpo se había retrasado; el primero y el segundo se sostuvieron dos días en Champigny, pero tuvieron que abandonarlo el 2 de Diciembre por la noche. Todo el ejército volvió á acampar en el bosque de Vincennes; y Mauricio, con los pies entumecidos, tendido boca abajo, se echó á llorar.

¡Qué días tan tristes, después de aquel tremendo fracaso! La gran salida, preparada hacia tanto tiempo, la embestida irresistible que debía salvar á París, había resultado infructuosa; y tres días después, una carta del general Moltke anunciaba que el ejército del Loire había tenido que abandonar á Orleans por segunda vez. El círculo se estrechaba cada vez más, sin que hubiera ya posibilidad de

romperlo. Pero París, en su fiebre de desesperación, encontraba nuevas fuerzas para resistir. Empezaba á amenazar el hambre. Desde mediados de Octubre, la carne estaba racionada. En Diciembre no quedaba ni una sola cabeza de ganado, y se mataban caballos. Las requisas de harinas y de trigo debían dar cuatro meses de pan. Cuando se acabó la harina fué preciso construir molinos en las estaciones de ferrocarriles. Faltaba también combustible; se le reservaba para moler los granos, para cocer el pan, y para fabricar las armas. Y París, sin gas, alumbrado por lámparas de petróleo, París tiritando debajo de su capa de hielo, París á ración de pan negro y de carne de caballo, esperaba á pesar de todo; hablaba de Faidherbe en el Norte, de Chanzy en el Centro, de Bourbaki en el Este, como si algún prodigio fuera á llevarles á París, victoriosos. Delante de las panaderías y de las carnicerías, las largas hileras de gente que esperaba, en medio de la nieve, se alegraban, de cuando en cuando, con la noticia de grandes victorias imaginarias. Después del abatimiento de cada derrota renacía la ilusión tenaz entre aquella multitud hambrienta. Un soldado que habló de rendirse, en la plaza del Chatelet, estuvo á punto de ser destrozado por las turbas. Mientras que el ejército, desalentado y viendo acercarse el fin, pedía la paz, el vecindario reclamaba todavía la salida en masa, la salida torrencial, el pueblo entero, las mujeres, hasta los niños, lanzándose contra los prusianos, como un río desbordado que lo arrastra todo.

Y Mauricio se aislaba de sus camaradas, cobrando cada vez más odio á su oficio de soldado, que le reclusa al abrigo de Mont Valerien, ocioso é inútil. Aprovechaba todas las ocasiones que se le presentaban para ir á aquel París, donde estaba su corazón. No se encontraba á gusto sino en medio de la multitud. Muchas veces, iba á ver salir los globos,

que, cada dos días se elevaban de la estación del Norre, llevando palomas mensajeras y pliegos. Los globos subían y desaparecían en el triste cielo de invierno; y cuando el viento los empujaba hacia Alemania; se oprimían los corazones. Debían haberse perdido muchos. Mauricio había escrito dos veces á su hermana Enriqueta, sin saber si recibiría las cartas. El recuerdo de su hermana y el de Juan estaban tan remotos, allá abajo, en el fondo de aquel vasto mundo de donde no llegaba ya nada, que rara vez pensaba en ellos, como afecciones dejadas en otra existencia. La tempestad continua de abatimiento y de exaltación en que vivía, llenaba demasiado su sér. En los primeros días de Enero se apoderó de él otra exasperación, la del bombardeo de los barrios de la orilla izquierda. Había acabado por atribuir á motivos de humanidad, los retrasos de los prusianos, debidos sencillamente á dificultades de instalación. Desde que una granada había matado á dos niñas en el Val de Grace, Mauricio estaba poseído de un desprecio furioso contra aquellos bárbaros que asesinaban á los niños, y que amenazaban con quemar los museos y las bibliotecas. Pasados los primeros días de espanto, París reanudaba, en medio del bombardeo, su vida heroica de obstinación.

Desde el desastre de Champigny no había habido más que otra tentativa desgraciada, por la parte del Bourget; y la noche en que tuvo que desalojarse la meseta de Avron, Mauricio se irritó, como toda la ciudad. La racha de impopularidad que amenazaba llevarse al general Trochu y al gobierno de la Defensa nacional, se aumentó hasta el punto de obligarles á intentar un esfuerzo supremo é inútil. ¿Por qué se negaban á hacer entrar en fuego á los trescientos mil guardias nacionales que no cesaban de reclamar su parte en el peligro? Era la salida torrencial que se estaba exigiendo desde el primer

día, París rompiendo sus diques, ahogando á los prusianos en la oleada colosal de su pueblo. No hubo más remedio que ceder á aquel deseo de valor, á pesar de la seguridad de una nueva derrota; pero á fin de disminuir la matanza, no se mandó marchar con el ejército activo, sino á los cincuenta y nueve batallones de la guardia nacional movilizada. En los boulevares y en los Campos Elíseos, una multitud inmensa miraba desfilar los regimientos que, con la música á la cabeza, entonaban himnos patrióticos. Niños y mujeres les acompañaban. Los hombres les animaban con aclamaciones entusiastas. Al día siguiente todo París corrió hacia el Arco del Triunfo, y sintió una especie de locura, de esperanza, al recibir la noticia de la toma de Montretout. Se referían cosas increíbles acerca del arranque irresistible de la guardia nacional. Se aseguraba que los prusianos habían sido desbaratados, y se anunciaba la toma de Versalles. ¡Qué desengaño más terrible cuando, al anoecer, se supo el fracaso inevitable! Mientras que la columna de la izquierda ocupaba á Montretout, la del centro, que había saltado las tapias del parque de Buzenval, se estrechaba contra otra tapia interior. El deshielo y una llovizna continua habían puesto intransitables las carreteras, y los cañones, aquellos cañones fabricados por suscripción popular, no pudieron pasar. La columna de la derecha, que había entrado en acción muy tarde, se quedó atrás. El general Trochu tuvo que dar la orden para la retirada general. Se abandonó á Montretout y á Saint-Cloud. Los prusianos incendiaron á Saint-Cloud. Y al hacerse de noche, el horizonte de París se iluminó con aquel inmenso incendio.

Aquella vez Mauricio comprendió que todo había acabado. Durante cuatro horas, en medio del fuego terrible de las trincheras prusianas había permanecido en el parque de Buzenval, entre las filas de la

guardia nacional; y cuando volvió é París, ponderó el valor de aquella fuerza. Efectivamente, la guardia nacional se había portado con bizarría. Y siendo así, ¿de qué procedía la derrota, sino de la estupidez y de la traición de los jefes? En la calle de Rivoli encontró Mauricio grandes grupos que gritaban: ¡Abajo Trochu! ¡Viva la Commune! Era el despertar de la pasión revolucionaria, una nueva manifestación de la opinión, tan alarmante, que el Gobierno de la Defensa Nacional, para no caer, tuvo que obligar al general Trochu á presentar su dimisión, y nombró en su lugar al general Vinoy. Aquel mismo día, en una reunión pública de Belleville, en la que había entrado Mauricio, oyó reclamar de nuevo el ataque en masa. Demasiado sabía él que aquello era una locura, y sin embargo, le impresionó aquella obstinación. Pasó la noche soñando con prodigios.

Transcurrieron ocho días más. París agonizaba sin exhalar ni una queja. Las tiendas no se abrían ya; los pocos transeúntes no encontraban coches en las calles desiertas. Habían sido comidos cuarenta mil caballos; los perros, los gatos y las ratas se pagaban muy caros. Desde que se había acabado el trigo, el pan, hecho con arroz y avena, era un pan negro, viscoso, de difícil digestión; y para conseguir la ración, reducida á 300 gramos, las colas interminables delante de las panaderías se hacían mortales. ¡Cuánta lástima inspiraban aquellas pobres mujeres, esperando horas y horas á la intemperie! La mortalidad había triplicado; los teatros estaban convertidos en hospitales. Desde el anochecer los antiguos barrios aristocráticos quedaban silenciosos y á oscuras, como si fueran arrabales de una ciudad maldita, asolada por la peste. Y en aquel silencio, en aquella obscuridad, sólo se oía el continuado fragor del bombardeo, sólo se veían los fognazos de los cañones.

De repente el 29 de Enero, París supo que, desde la antevíspera, estaba Julio Favre en tratos con Bismarck para conseguir un armisticio; y, al mismo tiempo, se enteró de que no quedaba pan sino para diez días. La capitulación brutal se imponía. París, estupefacto al saber la verdad, dejó obrar. Apuel mismo día, á la noche, se disparó el último cañonazo. Cuando los alemanes ocuparon los fuertes, el regimiento de Mauricio volvió á acampar, cerca de Montrouge, dentro del recinto fortificado. Y entonces empezó para Mauricio una existencia vaga, llena de holganza y de fiebre. La disciplina se había relajado mucho; los soldados se desbandaban, vagaban sin objeto fijo, esperando el momento de recibir su licencia. Pero Mauricio seguía inquieto, nervioso é irritable. Leía con avidez los periódicos revolucionarios, y aquel armisticio de tres semanas, pactado con el único objeto de que Francia pudiera nombrar una Asamblea para acordar la paz, le parecía una asechanza, una traición final. Aunque París se viese obligado á capitular, él estaba, con Gambetta, por la continuación de la guerra en el centro y en el Norte. El desastre del ejército del Este le puso furioso. Las elecciones acabaron de desesperarle. Era lo que él había previsto, las provincias cobardes, irritadas con la resistencia de París, ansiando la paz, restableciendo la monarquía, bajo los cañones de los prusianos. Después de las primeras sesiones de Burdeos, Thiers, elegido en veintiseis departamentos, aclamado jefe del poder ejecutivo, fué á los ojos de Mauricio el monstruo, el hombre de todas las mentiras y de todos los crímenes. Y ya no se inquietó; aquella paz, hecha por una Asamblea monárquica, le parecía el colmo de la vergüenza; deliraba con sólo la idea de las durísimas condiciones, la indemnización de los cinco mil millones. Metz entregado, la Alsacia cedida, el oro

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1866. 1625 MONTERREY, N. L.

y la sangre de Francia corriendo por aquella herida incurable.

Entonces, en los últimos días de Febrero, Mauricio se decidió á desertar. Un artículo del tratado decía que los soldados acampados en París serían desarmados y mandados á sus casas. El no esperó; le parecía que le arrancarían el corazón si salía de aquel París glorioso, que sólo había cedido al hambre; y desapareció, tomó, en la calle des Orties, en lo alto de la Butte des Moulins, en una casa de seis pisos, un cuartito amueblado, una especie de torre-cilla, desde donde se veía el mar sin límites de los tejados, desde las Tullerías hasta la Bastilla. Un antiguo compañero de la Facultad de Derecho le había prestado cien francos. Se alistó en un batallón de la guardia nacional, y con el franco y medio de la paga tendría bastante. Le horrorizaba el pensamiento de una existencia tranquila y egoísta en provincias. Hasta las cartas que recibía de su hermana Enriqueta, á quien había escrito inmediatamente después del armisticio, le incomodaban, con sus súplicas, con el deseo ardiente de volver á Remilly. El se negaba, iría más tarde, cuando ya no estuvieran allí los prusianos.

Y la vida de Mauricio fué una vida de ociosidad y de fiebre. Ya no le atormentaba el hambre. Había devorado con delicia el primer pan blanco. París, alcoholizado, donde no había faltado ni el aguardiente ni el vino, vivía en una borrachera continuada. Pero seguía estando preso, con las puertas guardadas por los alemanes. Una complicación de formalidades impedía la salida. Ni la vida social, ni el trabajo, ni los negocios se habían reanudado; y allí estaba un pueblo entero, sin hacer nada, acabando de perder la cabeza al claro sol de la primavera naciente. Durante el sitio, por lo menos, el servicio militar fatigaba los miembros, ocupaba la cabeza; mientras que ahora el vecindario había pa-

sado de repente á una vida de holganza completa, en el aislamiento en que se hallaba del mundo entero. Mauricio hacía lo mismo que los demás; andaba todo el día de acá para allá, respiraba el aire viciado de todos los gérmenes de locura que se desprendían de la multitud. La libertad ilimitada de que se disfrutaba, acababa de destruirlo todo. Mauricio leía los periódicos, frecuentaba las reuniones públicas, se encogía de hombros cuando oía disparates y se afirmaba, cada vez más, en su resolución de sacrificarse por lo que él creía que era la verdad y la justicia. Y en su cuartito, desde donde dominaba la ciudad, se ponía á soñar en la victoria, figurándose que había posibilidad de salvar á Francia y á la República mientras no estuviese firmada la paz.

Los prusianos iban á entrar en París el 1.º de Marzo. Un prolongado grito de execración y de cólera salía de todos los pechos. Mauricio no asistía á una reunión pública en que oyese acusar á la Asamblea, á Thiers, á los hombres del 4 de Septiembre, de aquella afrenta suprema, que no habían querido evitar á la gran ciudad heroica. El mismo, una noche se exaltó hasta el extremo de tomar la palabra para decir que París entero debía ir á morir en las murallas antes que dejar entrar á un solo prusiano. En aquel pueblo, entregado á una ociosidad llena de pesadillas, después de haber pasado muchos meses de angustia y de hambre, la insurrección salía así naturalmente, se organizaba á la luz del día. Era una de esas crisis morales que siempre se han observado después de los grandes sitios, el exceso del patriotismo engañado, que, después de haber enardecido inútilmente las almas, se cambia en una necesidad de venganza y de destrucción. La junta central, elegida por los comisionados de la milicia ciudadana, acababa de prôtestar contra toda tentativa de desarme. En la plaza de la Bastilla se verificó una gran manifestación; bandera roja, discurs-

sos violentísimos, un gentío inmenso, un agente de policía asesinado, arrojado al canal, rematado á pedradas. Y dos días después, el 27 de Febrero por la noche, Mauricio, despertado por el toque de llamada, vió pasar por el boulevard de Batignolles cuadrillas de hombres y mujeres que arrastraban cañones; él mismo se puso á tirar de una pieza, con otros veinte, al oír que el pueblo había ido á coger aquellos cañones en la plaza Wagram, para que la Asamblea no los entregase á los prusianos. Había ciento setenta. El pueblo los arrojó con cuerdas, los empujó con los puños, los subió hasta lo alto de Montmartre en un arranque feroz de horda bárbara que salva á sus dioses. El 1.º de Marzo, cuando los prusianos tuvieron que contentarse con ocupar por veinticuatro horas el barrio de los Campos Elíseos, encerrados como un rebaño en un redil, París no se movió, quedando las calles desiertas, las casas cerradas, la ciudad muerta, envuelta en el inmenso crespón de su luto.

Pasaron otras dos semanas. Mauricio no sabía ya cómo se deslizaba su vida, en espera de algo indefinido y monstruoso que veía venir. La paz estaba hecha; la Asamblea debía empezar sus sesiones en Versalles el 20 de Marzo; y, sin embargo, para él no había concluido nada; alguna revancha tremenda iba á empezar. El 18 de Marzo, al levantarse, recibió una carta de Enriqueta, suplicándole de nuevo que fuera á Remilly, amenazándole tiernamente con ir ella misma á buscarle, si tardaba mucho en darle aquella gran alegría. Después le hablaba de Juan; le contaba que éste se había separado de ella, á fines de Diciembre, para incorporarse al ejército del Norte, había caído enfermo con calenturas en un hospital de Bélgica; y que acababa de tener carta suya diciéndole que, á pesar de su estado de debilidad salía para París, donde pensaba volver á hacer servicio. Enriqueta terminaba supli-

cando á su hermano que la diese noticias de Juan en cuanto lo viese. Entonces Mauricio, con aquella carta en la mano, cayó en una meditación tierna. ¡Enriqueta y Juan, su hermana idolatrada, su hermano de desgracias y de penalidades! ¡Qué lejos estaban de sus pensamientos aquellos seres queridos, desde que la tempestad habitaba en él! Sin embargo, como su hermana le advertía que no había podido dar á Juan las señas de la calle de las Orties, se propuso buscarlo aquel mismo día, yendo á preguntar á las oficinas militares. Pero no hacía más que poner el pie en la calle cuando se encontró con dos camaradas de su batallón que le enteraron de lo ocurrido por la noche y de lo que estaba ocurriendo en Montmartre. Y los tres salieron á la carrera, medio locos.

¡Ah! ¡Qué exaltación tan decisiva produjo en Mauricio aquella jornada del 18 de Marzo! Más tarde no pudo acordarse bien de lo que había dicho, ni de lo que había hecho. Primero se veía corriendo, furioso por la sorpresa militar que se había intentado, antes del amanecer, para desarmar á París, recuperando los cañones de Montmartre. Hacía dos días que Thiers, de regreso de Burdeos, meditaba evidentemente aquel golpe de mano, para que la Asamblea pudiese sin temor proclamar la monarquía en Versalles. Mauricio volvía á verse en Montmartre á las nueve de la mañana, enardecido por los triunfos que le contaban, la llegada furtiva de las tropas, el retraso de los tiros de caballos, que había dado tiempo á la guardia nacional para tomar las armas, los soldados sin atreverse á hacer fuego contra las mujeres y los niños, poniendo hacia arriba las culatas de los fusiles, fraternizando con el pueblo. Luego, andaba á la ventura por París, y al mediodía conocía que éste pertenecía á la Commune. Thiers y los ministros habían huido á Versailles, con treinta mil hombres del ejército;